

LÓPEZ VELARDE Y NERVO: SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS

A DECIR VERDAD, la gran mayoría de nuestros poetas, sin excluir de ningún modo a los mayores, fueron creyentes, aunque muchos con fe más o menos lánguida. Declaradamente ateo no conozco yo otro caso fuera del Nigromante, y si algún día hubiera de hacerse una antología de la poesía religiosa mexicana, no creo que pudiera omitirse *El fantasma*, el más perfecto retrato de Cristo en lengua española, y por más que su autor, hasta donde sabemos, no se hubiera parado jamás en la iglesia. Ni tampoco podría excluirse a González Martínez, quien jamás se confesó católico, y que, sin embargo, evoca el juicio final en los versos siguientes:

hasta la hora
en que rompan los muertos su clausura
al toque de clarín de nueva aurora.

De manera, pues, que la fe del pueblo mexicano, aunque más o menos difusa, no deja de estar presente en sus poetas más representativos. Hay, sin embargo, el caso singularísimo de tres poetas laicos (porque de los eclesiásticos va de suyo) en los cuales está la religión con presencia activísima, y estoy por decir beligerante, y que son Manuel José Othón, Amado Nervo y Ramón López Velarde. Dejando por ahora al primero entre paréntesis, encarémonos con los dos últimos.

Ramón primero, porque no obstante ser cronológicamente posterior, su caso es menos complicado que el del poeta tepiqueño. En el zacatecano, en efecto, se da con toda evidencia una fe robusta e integral en todos los dogmas eclesiásticos, sin excluir los dos paladinamente odiosos, como son el pecado y el infierno, en el que nuestro vate confiesa creer firmemente. Una fe, por lo demás, anacrónica, la de los viejos católicos, como se decía ya en la época del concilio Vaticano I, ya que la iglesia oriunda del Vaticano II no cree más en ninguno de aquellos dogmas, los cuales han muerto por inanición, o con mayor precisión, por silencio.

Comprobada así la reciedumbre de su fe teológica, el problema está, sin embargo, en averiguar hasta qué punto esta fe impregnó la obra de López Velarde, o si, por el contrario, poesía y fe fueron del todo independientes entre sí, como dos compartimentos estancos.

Es un problema semejante, a lo que me parece, el que se ha planteado con respecto a Graham Greene, el cual ha declarado reiteradamente que no obstante ser un novelista, y además católico, no es un novelista católico en el sentido de que haya un ligamen esencial entre ambos términos, ya que su novelística va por caminos por completo distintos de los que en la historia ha encontrado la proyección dogmática.

Ahora bien, pienso yo por mi parte, si lo anterior es verdad

en lo tocante a la mayor parte de la obra del novelista británico, notoriamente la de aventura, crimen o erotismo, hay, sin embargo, ciertas novelas, como *El poder y la gloria* o *El fondo del problema* (*The heart of the matter*) cuya textura, en mi humilde opinión, es por completo indisoluble de una mentalidad católica. Tan estrecha es esta asociación, que precisamente en la segunda de las citadas novelas, *The heart of the matter*, es la fe teológica, y justamente en razón de su intensidad, la que lleva derechamente al suicidio.

Volviendo a López Velarde, encuentro que monseñor Octaviano Valdés ha prohibido, con respecto al poeta zacatecano, una tesis semejante a la de Graham Greene sobre su propia obra, al decir que "López Velarde no es un poeta religioso, aun cuando se manifiesta fiel seguidor del dogma católico", y la razón que da de esta disociación es la de que "el maridaje de su poesía con el repertorio eclesiástico se funda en una relación preponderantemente estética". De "catolicismo poético", en fin, califica el docto eclesiástico el del poeta de Jerez.

Por mi parte creo que hay mucho más, y que no puede parangonarse a López Velarde con Artemio de Valle Arizpe o con cuantos que, como él, cifran su catolicismo en el deleite sensual de la liturgia y sus instrumentos. Poemas como "Humildemente" o "A la patrona de mi pueblo", amén de otros, son testimonio de la fe profunda de su autor, y que se expande en ellos con gran belleza.

A este propósito, y ya que estamos en el paralelo entre el tepiqueño y el zacatecano, no será ocioso recordar lo que en un artículo periodístico, "La magia de Nervo", consignó Ramón, y que transcribo al pie de la letra:

Filiamente (ya que él, con el Duque, nos inculcó los principios poéticos y nos enseñó los áulicos ademanes del espíritu) me confieso reacio a sus prosas y a sus versos catequistas, alejados de la naturaleza artística y, en ocasiones, en pugna con ella.

No especifica el autor de estas líneas cuál podría haber sido en Amado Nervo su obra catequética, pero a renglón seguido libra de este oprobio a poemas como "En paz" o "Si tú me dices ven", "egregios poemas, porque en ninguno de ellos se especula", sino que son el traslado inmediato de la emoción religiosa. "Para mí, leemos allí mismo, él (Amado Nervo) es el poeta máximo nuestro."

De acuerdo con estos cánones, López Velarde se abstiene cuidadosamente de la vena catequética o consiliativa que por lo visto cree él percibir en ciertas composiciones de Nervo, en "Plenitud" tal vez notoriamente, pero en esta asepsia no puede impedir Ramón que su religión, si se quiere a pesar suyo, exude y se difunda por su poesía. Sería largo y aun impertinente documentarlo aquí en pormenor, pero será suficiente

con aducir el testimonio de un crítico tan objetivo y tan ajeno a todo prejuicio religioso como Xavier Villaurrutia, de quien copiamos el pasaje siguiente:

A través de toda la obra de Ramón López Velarde la presencia de la Biblia se hace sentir. Mas no como una fuente de imágenes decorativas a que los poetas modernistas fueron tan afectos, sino como un alimento indispensable a la nutrición del espíritu y a la expresión de su personalidad.

La mitología cristiana no le sirve como la mitología grecolatina a Góngora para hacer más culta y ornamentada su poesía, sino para hacerla más sincera, como si formara parte de una vida vivida o al menos deseada por él.

No puede decirse ni pedirse más, y es muy interesante comprobar, dicho sea de paso, cómo mientras monseñor Valdés pone sobre todo de relieve el catolicismo ornamental o decorativo de López Velarde, el agnóstico Villaurrutia, por su parte, ve en el mensaje bíblico y cristiano el alma y la sangre de la poesía velardiana. En cada experiencia suya revive su ser original, como cuando al contemplar de nuevo la catedral de Zacatecas,

se siente que las aguas
del bautismo nos corren por los huesos,
y otra vez nos penetran y nos lavan.

Del sacramento primero a los tres últimos, y sin que podamos registrar ninguna intermitencia, estas aguas lustrales corrieron siempre por la carne y la sangre y el alma de Ramón López Velarde. En su agonía lo confesó, le dio el viático y lo santoleó el cura de la Sagrada Familia, el jesuita Pascual Díaz Barreto, andando los años arzobispo de México, quien se negó a la postrera petición del moribundo, la cremación de sus huesos, por lo mucho que le aterrizzaba la posibilidad de ser enterrado vivo. La incineración, lo sabemos de sobra, la permite la Iglesia actual, sólo que esta Iglesia no tiene de tal sino el nombre, y ha olvidado (junto con los Novísimos, de que no habla más) que el cuerpo de un cristiano ha sido templo del Espíritu Santo, por lo que no debe ir, ni antes ni después del tránsito, al horno crematorio. De lo que se infiere que la confrontación que estamos haciendo entre la religiosidad de nuestros dos poetas, el zacatecano y el jalisciense (porque cuando Amado Nervo nació era aún Tepic el séptimo cantón del Estado de Jalisco) pertenece a una edad prácticamente prehistórica, cuando la religión no era, como lo es hoy, una agencia de bienestar humano, sino que se proyectaba, con toda su dimensión trágica, en el mundo de ultratumba, un mundo de premios y castigos eternos.

Para dejar las cosas en su punto en lo tocante a la religiosidad de nuestro poeta, añadiré que a despecho de su fe sincera y profunda, por todo lo antes declarado, nunca se extendió hasta seguir a Jesucristo por donde fue el Maestro, hasta apurar con él (así lo dijo él mismo) el cáliz de su pasión, la cual, en la vida práctica, estaba para Ramón cifrada en el matrimonio.

En el cuento "El obsequio de Ponce" ("un cuento con sabor autobiográfico", según Octavio Paz) la familia, la unión fecundante cuyo acto es entre nosotros la mejor réplica del acto creador de Dios, es descrita aquí como "un taller de sufrimiento, una fuente de desgracia, un vivero de infortunio",

y líneas adelante se compara el hogar con la cueva de las fieras y a los llantos y risas de la prole con las quejas y maldiciones de los condenados "en el cubo sombrío y asfixiante de la fecundidad", por lo que, en conclusión: "Vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros. ¿Para qué abastecer el cementerio?"; por todo lo cual el protagonista del cuento ha de desaparecer "para que su novia otoñal se inmolase en las aras fértiles del himeneo, pagando su contribución de sangre, de tortura y desencanto".

Es, en suma, el horror *connubii*, antítesis anticipada de la *Casti connubii* de Pío XI. No pasa, pues, de ser literatura, aunque de la mejor, la visión que declara el poeta a la Virgen patrona de su pueblo, cuando "soñé prender a un blanco pecho / una fecunda rama de azahar".

Si no amó el matrimonio, Ramón López Velarde amó siempre la carne de la mujer, a tal punto que, a lo que se dice (lo encontramos corroborado en la biografía de Guillermo Sheridan) frecuentó los prostíbulos entonces ubicados en las calles de Cuauhtemotzin, y aun ha llegado a decirse que llegó a contraer la sífilis, enfermedad terrible en aquel entonces y hasta la aparición de la penicilina. Como quiera que haya sido, lo único que aquí nos importa es la tensión dialéctica entre el erotismo y la fe teológica del poeta, análoga a la que existió en Baudelaire, por lo cual estima con toda razón Octavio Paz que "el tema de las relaciones entre Baudelaire y nuestro poeta (RLV) es capital".

Al enfocar por su parte Xavier Villaurrutia el binomio Baudelaire - López Velarde, ha escrito *inter alia* lo siguiente:

De todos los poemas de Ramón López Velarde, tres de *Zozobra*, "La lágrima", "Hormigas", "Te honro en el espanto", ilustran sobre todo esta afinidad de atmósferas, obsesiones y aun expresiones que López Velarde no fue a buscar sino a reconocer como suyas en Baudelaire.

Erotismo, religión y muerte, me atrevería a añadir por mi parte, la consabida trinidad temática tan vigente en el poeta parisino como en el jerezano.

¿Qué más aún? Yo por mí no veo la necesidad de escarbarle más, pero los críticos siguen viendo aún trasgos y vestiglos en la fe lopezvelardiana y nos invitan a profundizar el tema, como lo hace, para volver a él, Octavio Paz al decir lo siguiente:

Nos hace falta un estudio de veras completo sobre las creencias de López Velarde. Escribo creencias y no ideas porque, salvo en momentos excepcionales, sus convicciones eran más sentidas que pensadas.

Desde esta perspectiva, la fe de Ramón López Velarde no fue en nada distinta de la del pueblo mexicano, y aun del pueblo cristiano en general, y la única diferencia está en que él supo expresar con poesía lo que los demás rezamos en el pedestrismo cotidiano. No hay, pues, por qué hacer intervenir, en las crisis de la fe por que habrá podido pasar nuestro poeta, factores tales como el catarismo, según parece hacerlo Octavio Paz. De los cataros supo sin duda López Velarde lo que aprendió en su curso de historia general, pero sin que, hasta donde puede saberse, se haya hecho una cuestión formal de la teología cátara o albigense en su doctrina de la fe. En la escatología, más en concreto, siguió siempre la escatología tradicional;

"el infierno en que creo" ("Hormigas") el dogma que reiteró todavía Paulo VI: *ignis nunquam interiturus*, y que ha perecido hoy, por silencio o *desuetudo*, que viene a ser lo mismo, en el pontificado de Juan Pablo II.

Nos hacemos cargo, por lo demás de que el tema del catolicismo de Ramón López Velarde, si poético y ornamental o, por el contrario, sustancial y profundo, continuará debatiéndose interminablemente. Todavía en *Letras potosinas* (246, abril - junio 1988) exhumaba el tema Veremundo Trujillo Carrillo, y aducía al efecto el parecer de Arturo Rivas Sáinz, para el cual "la religiosidad [de RL] no pasa de cosa litúrgica festiva, de rúbrica, de espectáculo ritual, de miedo supersticioso".

Después de analizar, como dice él, "los elementos más profundos de la existencia del bardo, y ver de qué manera se integran", llega el crítico a la conclusión de que el cristianismo de Ramón López Velarde "no es quizá un cristianismo muy depurado, pero sí es humildemente auténtico".

Señor, este juguete
de corazón de imán,
te ama y te confiesa
con el íntimo ardor
de la raíz que empuja
y agrieta las baldosas seculares.

Doblando ahora la página hacia Amado Nervo, su caso, según dijimos antes, es algo más complicado, ya que si prestamos oídos a un concierto de voces de lo más respetable, Nervo habría sido no sólo un poeta religioso, lo que va de suyo, sino un poeta místico, más aún, a dicho de Rufino Blanco Fombona, "el único poeta místico entre los poetas de América y España", lo que es un poco fuerte, si esta apreciación va más allá de los contemporáneos de Nervo hasta, digamos, los místicos del siglo de oro español.

Sin esta desmesura, la opinión general se pronuncia por el misticismo del poeta, aunque con excepciones como la de Jorge Cuesta, quien al dar cabida a nuestro poeta en su *Antología*, aclara que lo hace con su obra anterior a "su madurez religiosa y moralista, ajena, las más veces, a la pureza del arte". Con cuyo criterio quién sabe cuántos poetas, en España y fuera de ella, desaparecerían del mapa.

Para Alfonso Reyes (*Tránsito de Amado Nervo*) hay en Nervo, para empezar, una "llama de religión comunicada en la infancia". Desde el seminario de Jacona, sigue diciendo, "noto la curvatura esencial que el peso de la religión produjo en su mente, como el lastre de latín eclesiástico que se le quedó en el lenguaje".

Más adelante ve Reyes en la poesía de Nervo no sólo la herencia de Jacona, sino la sublimación de los amores humanos que por toda su vida constelaron la vida del poeta jalisciense. "Todos saben, escribe Reyes, que el fuego en que se consumía el amante fue haciendo brotar en él, lentamente, el fénix de los amores divinos". Lo cual, puntualmente, se cumple en el gran amor de Nervo, el supremo, el que tuvo por Ana, la Amada inmóvil. Dejemos, por esta vez aún, la palabra a Alfonso Reyes: diez años le acompañó este amor por la vida. Cuando se quedó solo, ya sólo sabía pensar en Dios".

A mí personalmente no me molesta esta interpretación dialéctica de los amores de Amado Nervo, del amor humano al amor divino, que no es sino la dialéctica platónica del *Ban-*

quete, de la Afrodita pandemia a la Afrodita urania, y que posiblemente habrá tenido su reflejo en la conversión de San Agustín. El problema, sin embargo no está allí sino en saber si la ascensión dialéctica remata en la unión mística, o simplemente en la visión intelectual al término de la vía unitiva, según acontece, por ejemplo, en la *Metafísica* de Aristóteles.

Para zanjar el debate, como aconseja Spinoza, sin ira ni afición, no hay otro camino que el de confrontar la poesía de Nervo con el concepto de misticismo, de acuerdo con el viejísimo procedimiento lógico de subsumir lo particular dentro de lo universal.

Ahora bien, es aquí donde empiezan las dificultades, toda vez que la noción de misticismo está hoy tan dispersa o tan devaluada, como para hablarse de mística del poder, por ejemplo, o descendiendo más aún, de mística del deporte, con lo que el misticismo resulta ser, en fin de cuentas, sinónimo de entusiasmo.

Podrá decirse que si el pueblo es soberano en algún dominio es en semántica, y nadie menos que un autor tan refinado como Horacio se remite al uso popular al decir que en él está el poder, la autoridad y la norma del buen decir:

quem penes arbitrium est, et ius et norma loquendi
(*Ad Pisones* 72)

Leyendo despacio y dentro de su contexto el verso horaciano, resulta que el arbitrio popular en materia de semántica no es tan absoluto como en un principio pudiera parecer, por lo que parece aconsejable encerrar dentro de ciertos límites, aunque con la mayor laxitud posible, la noción de misticismo.

Primo et per se en el lenguaje escolástico que aprendió tan bien Amado Nervo en Jacona, como lo corrobora la atenta lectura de *El Bachiller*, de suyo y en primer lugar, vuelvo a decir, el fenómeno místico consiste en la experiencia inmediata de Dios, y si no de Dios en su infinitud precisamente, de las cosas divinas: *divina pati*.

En estos términos lo expresó el genio incomparable que hasta hoy no ha podido ser identificado, y que por mucho tiempo se creyó que habría sido san Dionisio Areopagita, el primer obispo de Atenas, convertido por san Pablo entre los miembros del areópago ateniense. Y la ilusión arraigó por tanto largo tiempo, que todavía san Juan de la Cruz se acoge a san Dionisio (*sic*) como al maestro de la "Noche oscura" en los escritos del santo español.

Ahora bien, y si hubiéramos de confrontar con esta definición los escritos de Amado Nervo, es fuerza confesar que no hubo jamás en él la menor experiencia directa de las cosas divinas, hasta donde podemos juzgar por su obra. No quiere esto decir, y es algo que conviene aclarar desde el principio, que los místicos, los que de verdad lo han sido, hayan podido comunicarnos sus vivencias, por ser éstas totalmente incommunicables. Y la razón de esta incommunicabilidad es muy sencilla, con sólo que pensemos que toda comunicación entre seres finitos, como somos los hombres, no puede hacerse sino sobre la base de representaciones igualmente finitas, ya sean del orden sensible o del orden intelectual, por pertenecer una y otra igualmente al reino de la finitud. Ahora bien, y si tiene algún sentido todo cuanto vamos diciendo es obvio que la experiencia del ser infinito no puede traducirse en ninguna representación finita, por lo que el místico, a lo que se cree

comúnmente, no sólo no puede comunicar su experiencia, sino que ni siquiera puede recordarla él mismo una vez desaparecida, al efectuar el tránsito de lo infinito a lo finito. Lo único que puede comunicarnos es el efecto vivencial, no la vivencia misma, que ha dejado en él la experiencia mística, y es esto lo que nos permite identificar a los místicos, entre los cuales no se cuenta, por no habernos dejado un registro semejante, Amado Nervo. En conclusión, pues, y según dice Alfonso Méndez Plancarte, no puede contarse a nuestro poeta entre los místicos "en el rigor técnico de la mística católica, fruto de excepcional, extraordinario y sobrenatural influjo divino", con el peso que conllevan cada uno de los sobredichos adjetivos.

Afortunadamente, y según lo constata y lo concede el propio Méndez Plancarte, el misticismo ha extravasado con mucho de su noción arquetípica para desembocar finalmente en el pensamiento de un autor tan insospechable de heterodoxia como Menéndez Pelayo, el cual, en su histórico discurso de recepción en la Real Academia Española, define el misticismo como la "contemplación ahincada y honda de las cosas divinas", o con una ligera variante efectuada allí mismo, como el anhelo de "la pasión de Dios por unión de amor".

Es un misticismo, apenas si hay que decirlo, completamente decaído de su sentido primitivo, y por lo mismo metafórico o *secundum quid*. Pero una vez que este sentido deuterocanónico ha sido aceptado en general por la crítica, no hay razón para regateárselo a Amado Nervo, por el ardor con que fue siempre, y sobre todo en los posteriores años de su vida, en busca de lo arcano y lo infinito. De él pudo decirse como de Pascal, en el incomparable verso de Baudelaire, que no veía sino infinito por todas las ventanas:

Je ne vois qu' infini par toutes les fenêtres.

El suyo, fue, en suma, si no un misticismo *in actu*, sí, al menos, un misticismo *in fieri*. De la mística en general ha podido decir Bergson, en sus magníficos estudios sobre el misticismo, que consiste fundamentalmente en la apertura del alma a la onda divina que la invade. Podrá Amado no haber recibido la invasión de la onda, pero sí, a lo que creo, algún relente de la resaca.

Nunca hubo en Amado Nervo, como sí, por el contrario, en tantos otros, una cerrazón *a priori* al mundo de lo sobrenatural, de lo eterno y lo infinito. Y es la suya, dicho sea de paso, una actitud ejemplar desde el punto de vista filosófico, el único desde el cual puedo yo hablar profesionalmente, toda vez que no soy poeta, ni menos místico. La filosofía más reciente, en efecto, la de Edmund Husserl, da amplia cabida en el ego fenomenológico trascendental a la experiencia religiosa en cualquiera de sus aspectos o direcciones, entre los cuales se inscribe incuestionablemente la experiencia estético-religiosa de Amado Nervo.

Tratemos ahora de documentar, hasta donde sea posible, los anteriores asertos en los escritos del poeta.

Un crítico tan poco religioso como Genaro Estrada, dejó escritas, sin embargo, páginas muy hermosas sobre el vuelo ascensional del poeta tepiqueño, a partir de *Serenidad*, según dice, libro en que se consume el desistimiento del poeta, al ir arrojando de sí los bienes de este mundo para quedarse al fin en la desnudez del espíritu. Y lo que es precioso en esta

descripción del desasimiento secular de Amado ("secular" porque es de los bienes de este siglo, como se decía en la España del siglo de oro) es lo que sigue diciendo Estrada:

Amado Nervo fue siempre el hombre de paso, y hacía ya mucho tiempo que había escogido el cielo, y su paso por el mundo le interesaba esencialmente como una marcha hacia el cielo. (Genaro Estrada, *Obras*, FCE, 1983, p. 364. Ensambló libremente los textos).

Paréceme preciosos estos textos, vuelvo a decir, y sobre todo porque en ellos destaca Estrada la convergencia entre el Nervo místico y el Nervo diplomático, el hombre siempre de paso dondequiera que esté, como miembro del servicio exterior mexicano. En lo cual, y si hemos de ir más lejos, asoma la otra convergencia entre el hombre viajero de la diplomacia y el *bomo viator* que es el cristiano, siempre de paso también mientras dura esta vida. Con lo que no quiero decir, por supuesto, que la diplomacia en cuanto tal haya sido aparte en el misticismo de Amado Nervo, pero sí que la levitación, la ligereza de la carrera por antonomasia, la *carrière*, insufla un soplo adicional en el alma de quien, no hay ni que decirlo, tiene consigo previamente el genio poético. En otro poeta diplomático me ha parecido comprobarlo así, en Paul Claudel, cuya poesía tiene un espacio y un aliento cósmico, fruto del continuo trasiego de tierras y gente. Piénsese, por ejemplo, en "La messe là bas", la misa bajo el Corcovado y sobre la deslumbrante bahía de Guanabara. No resisto al deseo de transcribir los dos primeros versos, donde muestra su autor cómo el poema irrumpe de su vida errante, que le hace entrar en lo más hondo de sí mismo:

Une fois de plus l'exil, l'âme
toute seule une fois de plus qui remonte
à son château.
Tant de pays derrière moi commencés
sans que jamais aucune demeure
s'y achève.

Volviendo a Amado Nervo, quien seguramente compartió estas vivencias, y siguiendo la pauta que nos indica Genaro Estrada, evoquemos la primera estrofa, de todos conocida, pero no de todos meditada, de "La montaña":

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van en mi alma temores y ansiedad;
la vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la serenidad.

De premística por lo menos puede calificarse esta estrofa, por cuanto que el desasimiento de todo lo terreno, la Noche Oscura de san Juan de la cruz, o la divina tiniebla del Areopagita, es el vacío del alma que sólo podrá llenarse con la presencia de Dios.

Desde otro punto de vista, sin embargo, la estrofa podría ser francamente mística, si atendemos a la mística natural, la que se expresa sobre todo, a mi humilde parecer, en el budismo. El Nirvana, en efecto, quién sabe lo que podrá ser, pero en cualquier hipótesis lleva consigo la serenidad o la ataraxia, la indiferencia dominadora de todas las concupiscencias o pasiones.

En mi sincera opinión, está todavía por hacerse una investigación a fondo sobre las fuentes literarias, en las cuales incluyo, por supuesto, las filosóficas y teológicas, en que Nervo pudo abrevarse para instrumentar o conceptualizar su impulso original a la mística. Por ser poco menos que ignorante en la materia, me es imposible controlar por mí mismo si en la mística de Nervo podrán haber hecho cierta mella los libros sagrados indostánicos, sobre los que, a lo que se dice, llegó a pasar sus ojos. Lo que sí me consta, por el contrario, es que en las ideas de Tello Téllez, que son, a lo que presumo, las ideas de Amado Nervo, no aparece ningún místico oriental, y sí, en cambio, buen número de místicos occidentales, entre ellos Novalis y Emerson, si es que se puede adscribir a los místicos, y así lo creo por mi parte, al visionario de la *oversoul*.

De otra parte, sin embargo, hay quienes creen ver en la espiritualidad de nuestro poeta la convergencia de múltiples corrientes racionales, místicas y paramísticas, y que, en opinión de María de los Ángeles Ramos Arce, autora de una tesis doctoral sobre la evolución religiosa de Amado Nervo, habrían sido las siguientes: la astrología, las religiones orientales, la teosofía, el espiritismo, todas las cuales, a juicio de la autora, "no lograron responder a las dudas de Nervo".

Lo que quiere decir es que mientras no se documenten con mayor precisión todas estas aportaciones (la autora pudo haber añadido el estoicismo) en el pensamiento del poeta, la corriente a la postre victoriosa fue la religión que, aunque de origen palestino, acabó por enseñorearse del mundo helénico-romano hasta el día de hoy. Y en fin, y sea de ello lo que fuere, queda abierta a los futuros investigadores la cuestión de hasta dónde pudieron haber influido aquellas ideologías en la poesía de Amado Nervo.

Al Occidente, en suma, hasta donde se me alcanza, perteneció Amado Nervo; a una espiritualidad que se traduce siempre en la unión entre dos personas, el hombre y Dios, a pesar de la distancia infinita que las separa, y no a la mística del nirvana, del cual, a lo que dicen los entendidos, están ausentes no sólo el sufrimiento y la dicha, lo que se comprende bien, sino hasta la propia conciencia, lo cual desemboca literalmente en la nada. A tanto no llegó nunca Nervo, y por más que tenga ciertas poesías de vaga inspiración budista, entre ellas "Renunciación":

El deseo es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al paso
que se cortan, renacen para nuestra fortuna.
El deseo es el padre del esplín de la hartura.

De la misma indiferencia dominadora de bienes y males efímeros es eco al brevísimo poema "Nec spes nec metus", igualmente perteneciente a *Serenidad*:

Ni miedo ni esperanza, ni angustia ni tristeza;
si quiere Dios, mendigo: si así le place, rey.
Mi mente late al ritmo de la naturaleza,
mi voluntad es una con la divina ley.

La inspiración es esta vez, a lo que me parece, de raíz estoica (*naturam sequi*) y en cuanto a la articulación del ánimo entre el miedo y la esperanza, creo que la habrá tomado Nervo del cuadro escolástico de las pasiones (que seguramente

habrá aprendido en Jacona) donde miedo y esperanza son las vivencias anímicas suscitadas por un bien o por un mal ausente y adveniente.

Si los poemas anteriormente descritos son apenas, si se quiere, preámbulo al misticismo del poeta, con *Elevación*, en cambio, estamos en pleno corazón de la mística. "Este libro —escribe su propio autor— sólo quiere una cosa: elevar tu espíritu", elevarlo, es decir, a lo eterno y lo absoluto. Por todo él, en efecto, campea el hambre de Dios, como lo atestiguan, entre otros, poemas como "El milagro", "Se va una tarde más", "Expectación", "Contigo", "Me marcharé", "Pecar", "El son", "Si tú me dices: ven", "El dolor vencido", y en la cúspide, no sé si el mejor (¿quién podrá decirlo?) pero sí el más sentido para mí, "Tú". Yo por lo menos, cuando entro en mí mismo, en este "diálogo interior y silente del alma consigo misma" (Platón) lo recito como una plegaria inferior apenas a la oración dominical. No puedo decir más, por lo que termino con las últimas palabras de Hamlet moribundo: "El resto es silencio. *The rest is silence*".



Miguel Cabrera: Retrato de Sor María Josefa Agustina